

LA CONTRADICCIÓN EN EL TRABAJO DE CAMPO

En: *Ética y práctica social* (1989) Montevideo, EPPAL, Capítulo 9. Pp. 139 –149

Con el término trabajo de campo queremos aludir a la práctica del Trabajador Social en los barrios, sindicatos, cooperativas, organizaciones populares de diversa índole. Es decir, al trabajo ligado a un compromiso con los nuevos sujetos históricos emergentes y con los sujetos llamados “tradicionales”.

Nuestra práctica con estudiantes de Trabajo Social, como también las experiencias que hemos tenido con Trabajadores Sociales (en Talleres de Educación Popular), nos impulsan a pensar que existe una gran similitud con experiencias vividas por otros profesionales y educadores que desarrollan una práctica social (arquitectos, médicos, investigadores sociales, agrónomos, maestros, etc...). Más aún, sentimos una cierta similitud con aquellos que están comprometidos en una línea de trabajo que, con matices diversos, hoy se denomina “educación popular”. Los contactos y la participación ocasional en instancias de Talleres de Formación Teórico Profesional de la Escuela Universitaria de Servicio Social, reafirman esta percepción que tenemos.

Obviamente que la similitud no borra la especificidad de cada profesional. Es claro que el Trabajador Social actúa en la práctica de acuerdo a las herramientas de intervención profesional coherentes con su metodología.

Enfrentados al trabajo de campo, todo trabajador social, experimenta una situación ético-cultural que podríamos caracterizar como de choque o contradicción. Se suele hablar así de “choque cultural”.

Este “choque ético-cultural tiene que ver con el horizonte existencial del Trabajador Social. No nos queremos referir tan sólo a sus vivencias. Pensamos más bien en una estructura de personalidad donde pueden haber influido múltiples factores, tales como: su origen de clase (que no siempre se identifica con el de los sectores populares), la situación generada por el propio “status” profesional, la red de relaciones y códigos que genera la pertenencia al círculo profesional, los conocimientos adquiridos a lo largo de su formación y el modo cómo los ha adquirido, las opciones políticas que tiene, el conjunto de necesidades estrechamente ligados a los factores mencionados.

Enfrentado a la práctica de campo, experimenta una contradicción entre lo que es la estructura de su personalidad y la realidad de los sujetos populares junto a los que va a trabajar.

Son muchas las situaciones contrastantes con las que se encuentra, especialmente si su opción es por los sectores populares: miseria, desocupación, extrema pobreza, lucha permanente por la subsistencia o sobre vivencia, injusticia y explotación, machismo, relaciones de poder, formas de vida, códigos lingüísticos distintos, relaciones sociales, expresiones culturales propias, etc.

Muchas veces esta contradicción, en la que juegan un papel fundamental los valores éticos del profesional, es dejada de lado. Se la puede llegar a considerar como una situación contingente,

como una etapa por la que hay que pasar, como una transición necesaria como los primeros pasos de un “entrenamiento” en la práctica de campo, como un proceso de iniciación.

Se despiertan en el profesional o en el estudiante sentimientos ligados estrechamente a su estructura de personalidad, algunos de carácter conciente, otros enraizados en el substrato inconsciente: sentimientos de culpa, angustia, deseos de poder, reafirmación de su rol profesional, necesidades de valoración y autoestima.

Si esta situación no es objeto de una autorreflexión, se oculta un conflicto que es profundo: el conflicto entre mundos distintos y entre lógicas distintas. Y como todo conflicto, cuando es reprimido, genera situaciones ambiguas y falsas soluciones prácticas al rol profesional.

La opción por los sectores populares supone una nueva identificación. Supone reformular la propia identidad operando una transformación de sí mismo. La lectura y transformación de la realidad, hecha ahora junto a los sectores populares, lleva consigo una ruptura epistemológica, pero también una ruptura analítica. Es decir, una ruptura que se opera a nivel de la teoría del conocimiento, pero también a nivel del inconsciente profesional y de clase. Por lo tanto requiere una situación analítica, donde el profesional encuentre un espacio colectivo en el que pueda analizar y reflexionar estas experiencias conflictivas.

Este choque con la realidad, en la medida en que no es tematizado y hecho objeto de análisis, esconde una profunda ambigüedad, especialmente cuando el profesional ha realizado una opción transformadora.

Ir a la práctica de campo no es una decisión voluntarista e idílica. Es, por el contrario, una decisión cuestionadora. En efecto, el profesional ocupa un lugar dentro de la división del trabajo: es un intelectual, y lo es porque la formación recibida lo ha conformado como tal. Por otro lado, su opción apunta a ser transformadora, junto a sectores sociales que se encuentran ubicados en el otro polo de la división social del trabajo.

Al no tematizarse esto, afloran situaciones conflictivas, no cuestionadas ni analizadas. El profesional cree honestamente que está cumpliendo a total cabalidad su rol, cuando en realidad está proyectando su esencial ambigüedad y sus necesidades no resueltas ni explicitadas. De esta manera, el sentimiento de culpa lo puede conducir, muchas veces, a una actitud asistencialista o sobre protectora, aunque éste no sea su deseo conciente. Trata de subsanar la distancia con actitudes de ayuda y con el ofrecimiento de servicios.

Obviamente este conflicto no es de carácter sólo epistemológico y no se resuelve plenamente con una formación teórica más sólida. Sin lugar a dudas, la formación teórica puede aportar mucho para el esclarecimiento de estas situaciones. Pero no es suficiente. Y no lo es, porque se trata de un conflicto de carácter cultural que exige volver categorial lo que se manifiesta en el plano existencial, procesarlo y recurrir a un marco teórico que ayude a su esclarecimiento.

Queremos evitar aquí generar un posible malentendido. No estamos postulando un modelo terapéutico que, por ser disociado de la práctica social, puede llegar hasta agudizar la situación conflictiva.

Estamos proponiendo la necesidad de espacios analíticos colectivos, donde se genera una situación tal que permite esclarecer estas conflictividades. Estamos simplemente reiterando lo que hemos expuesto con anterioridad: el intelectual orgánico, embarcado en el proceso de cambio, necesita también cambiar. La práctica social requiere “nuevos” profesionales, que se van gestando en el contacto cotidiano con los desposeídos.

Indudablemente en este proceso el psicoanálisis puede realizar un aporte insustituible, en la medida en que es un arte de la interpretación, un proceso de reconstrucción y en cuanto ofrece herramientas para conocer los mecanismos que actúan como base inconsciente del comportamiento ideológico. Claro está que se trata de un psicoanálisis que ha roto los marcos de la terapia individual y que se reformula a partir de la perspectiva de la práctica social y política. Pero también aporta mucho a la Antropología Cultural, en cuanto nos educa a conocer a las lógicas distintas del investigador y de la cultura investigada. Como así también la Lingüística, en cuanto estudio de los diversos códigos lingüísticos –verbales y no verbales- que conforman las distintas cosmovisiones

culturales. Y al tratarse de conflictos en los que están en juego valores diversos y hasta contradictorios, la intervención de la Ética cumple un papel importante en este proceso analítico. El choque cultural, al que venimos haciendo referencia, puede a veces resolverse a través del ocultamiento de las diferencias. El Trabajador Social se presenta así como un igual, perteneciente a los sectores populares con los que trabaja, mimetizándose el máximo posible, “proletarizándose”. Se genera así una especie de populismo proletario, acentuado por una cierta concepción romántica del saber popular. Se piensa que los sectores populares poseen el verdadero saber, que sólo ellos conocen la realidad, por estar sumergidos en ella. Por lo tanto, se trata de “acompañarlos”, de “rescatar” ese saber, “aprender de ellos”. No se capta que estar “sumergido” equivale a no poder trascender y espejar la situación. Este romanticismo conduce al Trabajador Social a anular su propio rol, que consiste precisamente en crear las condiciones que permitan desafiar, reflejar y desarrollar las resistencias trasformadoras presentes en el saber popular. Gramsci expresa muy bien esta situación cuando, refiriéndose a la tarea de la “filosofía de la praxis”, recuerda que no consiste en ir hacia los sectores populares para mantenerlos en la situación en la que están.

En no pocas oportunidades hemos sentido, por parte de los estudiantes de Trabajo Social, resistencias profundas a una formación teórica sólida. Por momentos dicha resistencia está justificada puesto que experimentan que la teoría que reciben se encuentra dissociada de la práctica que realizan. Pero por momentos también esta resistencia se debe a que sienten que el saber está en otro lado, con lo que desvalorizan lo que, después como profesionales comenzarán a exigir.

En algunas ocasiones opera como factor distorsionante, una metodología pretendidamente no-directiva, por la que se busca que el pueblo se exprese y que requiere, de parte del Trabajador Social, la actitud de “solo escuchar”, “estar abierto”, dejar que los grupos y comunidades “decidan por sí mismos”. No se comprende que la voz de los sectores populares no es siempre su auténtica voz. Que otras voces hablan por ellos, a través de sus palabras.

Esta resulta ser una falsa postura, porque también el Trabajador Social posee un conjunto de conocimientos y una determinada concepción de la práctica. Al mostrarse como no-directivo, cuando en realidad su práctica es intencionalmente directiva, introduce subrepticamente mecanismos de control y de dominación sobre las decisiones de los grupos.

En los hechos contradice la no-directividad proclamada. Se dice ser “igual”, cuando en realidad no lo es y actúa camuflando la desigualdad y manipulando las decisiones grupales. Tiene temor a ser autoritario y lo que hace es confundir autoridad con autoritarismo, protagonismo de los grupos con espontaneísmo.

La no-directividad contradice el papel indispensable de intelectual orgánico. Encierra como un temor oculto a desarrollar su rol de “agente externo”. Esta expresión da lugar a varios malentendidos. No significa que el Trabajador Social no pertenece a los sectores populares. Al optar por la transformación, el Trabajador Social ha hecho de su causa la causa de la lucha de los sectores populares. Tampoco significa generar una relación de dependencia tal que lo convierta en inductor de las decisiones de los grupos. El protagonismo en las decisiones pertenece a los propios grupos y a las decisiones populares, jamás al Trabajador Social. En tal sentido, el término agente externo no es sinónimo de agente externo no es sinónimo de agente dominador. La categoría de agente externo o mejor aún, de intelectual orgánico, se refiere al papel metodológico que permite crear las condiciones para que los sectores con los que se trabaja puedan autodescubrir el mundo de ilusiones y apariencias que oculta las verdaderas contradicciones de la realidad. Es una agente catalizador, que estimula el protagonismo de los propios sectores populares.

Los sectores populares, que son siempre muy sensibles a estas “imposturas”, oportunamente devuelven al profesional la contradicción: señalan cómo realmente está controlando las decisiones grupales, cómo tiene un conocimiento y un saber que es deber suyo entregarlo. Lo prefieren con un rol claro, bien definido, y no en una actitud pasivo-controladora.

El reverso de esta ambigüedad no tematizada, es la figura del profesional nítidamente autoritario, que confunde directividad con imposición de sus valores y pautas. Es el Trabajador Social colonizador. Su formación crítica en ocasiones lo conduce a descubrir en los sectores populares tan

sólo su alienación: los ve totalmente pasivos, reflejando la ideología dominante, sin capacidad de respuesta, sumidos en la impotencia. Entonces recurre a los modelos de trabajo en los que ha sido formado y los impone a los grupos. Aplica una concepción mecanicista de la motivación: basta mostrar objetivos para generar motivaciones y conductas. Se aferra a un esquema conductista. No logra descubrir las capacidades de resistencia, no logra ver que la alienación (así como el síntoma) es el indicador o el signo de una situación bloqueada que puede ser modificada. No es un agente catalizador, sino un agente de imposición. Los incita a la participación, pero procura controlar adecuadamente - aunque no intencionalmente- las instancias de participación. Inculca sus propios valores, como los auténticos y transformadores, precisamente porque no detecta la presencia de valores transformadores en los sujetos de su acción profesional. Y muchas veces termina sustituyendo los liderazgos naturales, sintiéndose que él es el líder en el proceso de cambio. Se siente "agente de cambio" y con esta postura sume a los sujetos en la más profunda dependencia, perdiendo el perfil de su propio rol.

A esta situación de ambigüedad y ambivalencia se sobre-añade el problema de la transferencia de poder. Al desvalorizar la cultura popular, lo que realmente hace es concentrar poder. Esta concentración de poder se ve reforzada por un mecanismo típico por parte de las clases subordinadas: la delegación del poder. Quien tiene el poder es el profesional, porque sabe, tiene técnicas y metodologías adquiridas. La desvalorización de sí es desplazada hacia el profesional y transformada en confianza en él. Concentración de poder y delegación de poder se van reforzando dialécticamente, en una espiral creciente, y van consolidando una relación de dependencia que entra en contradicción con la opción transformadora que motiva al profesional. La ambigüedad se convierte decididamente, ahora sí, en un esquema de dominación.

Estas situaciones que hemos procurado describir, y en parte explicar, no son sólo inherentes al Trabajador Social. Es lo que, matices más matices menos, le sucede a todo profesional cuando trabaja con sectores populares y no analiza tematizando el choque cultural, presente ya al comienzo de la relación. El malentendido inicial se puede volver un malentendido permanente, no lográndose romper el círculo vicioso.

Creemos que de lo anterior queda clara también la alienación propia de los intelectuales. Formados en una teoría alejada de la práctica, no capacitados para generar teoría desde la acción, y desde una acción conjunta con los sectores populares, se encierran en un mundo de legitimaciones y racionalizaciones que arriesgan coincidir con el mundo de ilusiones que elabora la ideología dominante. De ahí sus contradicciones profunda, los compartimientos estancos que establecen, no sólo entre las disciplinas, sino entre sus opciones y su vida cotidiana, entre su discurso y su acción, entre la teoría política proclamada y la metodología empleada. Alienación que afecta, a nivel político, las relaciones entre vanguardia y masas, entre elaboración de estrategias políticas y acciones de las masas. Es la alienación del cuadro político que se forma en la teoría y el análisis, alejado del sentir cotidiano del pueblo. Sólo la relación dialéctica con la práctica y la vida del pueblo puede lograr que el cuadro político, que el intelectual comprometido, empiecen a darse cuenta que también ellos deben transformarse.

Creemos, pues, que este choque y este malentendido debe ser analizado críticamente desde el comienzo de la acción profesional. Es imprescindible una permanente autorreflexión, donde la Ética puede dar un aporte sustancial, porque están en juego valores y situaciones que giran en torno a valores. El Trabajador Social no puede apostar a un proceso de autorreflexión emancipatoria de los sectores populares, si él mismo no se somete a este proceso de autorreflexión. Esto requiere de una profunda actitud autocrítica, una autoevaluación constante, una sólida formación teórico-práctica en la línea de una Ética transformadora. La Ética aporta elementos teóricos y herramientas sólidas para ayudar a que la práctica social no se convierta en un proceso de colonización cultural y axiológica. Y la falta de solidez Ética (a nivel vivencial, pero no menos a nivel teórico) es el terreno propicio para que se generen estas situaciones ambiguas y frustrantes. La "intervención profesional" es también una intervención ético-cultural.

A fin de cuentas se trata de que el profesional sea realmente un intelectual orgánico, que no re-

niega de su rol como intelectual especializado, ni de sus opciones, que está abierto a replantearse las y a aprender y enseñar junto a los sectores con los que trabaja.

“hacerse y mantenerse como profesional al servicio de los sectores populares de liberación es una tarea dura, compleja, llena de conflictos, reveses, estancamientos, frustraciones y peligros. Claro que, paradójicamente, es también una tarea llena de alegrías, esperanzas, satisfacciones y experiencias vivificantes...de no ser así ningún profesional se integraría a las luchas populares (...).

De algún modo el profesional ubicado en este compromiso se halla como entre dos mundos y en ninguno, atraído y cuestionado simultáneamente por ambos y sabiendo constantemente amenazadas –por ello mismo- su identidad social, su seguridad psíquica, económica, política e incluso física(...).

La ambigüedad, las contradicciones y las dificultades del profesional comprometido con a liberación popular son, precisamente y a la vez, el síntoma, el precio y la condición de la eficacia de la tarea.”¹

A partir de esta perspectiva surgen valores y actitudes inseparables del perfil del Trabajador Social que se autocomprende como intelectual orgánico identificado con la causa popular. Es un profesional con un profundo sentido de sus límites, es decir, alguien que descubre la propia identificación y autoestima dentro de un proceso de permanente aprendizaje. Aprendizaje junto a los sectores populares co-descubriendo y co-transformando la realidad. Aprendizaje teórico, analizando e interpretando desde adentro el universo cultural de los explotados y oprimidos. Esto le exige una formación teórica muy sólida. No ser rígido nunca es sinónimo de no ser riguroso.

Su práctica necesariamente es investigativa y jamás puede estar animada por la improvisación. Lo que le supone una constante actitud de apertura, sin desconocer que la “escucha” es desde un horizonte de pre-comprensión que le es propio. Una escucha neutral no es posible. De ahí que sea imprescindible tematizar ese horizonte desde el cual se está escuchando, para poderlo revisar y reformular. Lo que exige una autocrítica permanente para superar todos los vicios ligados al profesionalismo, como también los engaños ligados al falso igualitarismo. Ya se dijo que autoridad no es sinónimo de autoritarismo. Por lo tanto, su autoridad la ejerce a través de la postura por la cual, a partir del saber popular y con el aporte de su propio saber, se genera un proceso de gestación de saberes nuevos. Esto requiere capacidad de interpretación, que no se logra si no es a través del rigor científico y de la apertura. Su actitud no es para nada pasiva. Asume el saber del pueblo, pero a la vez muestra contradicciones, problematiza y desafía a avanzar en el crecimiento cualitativo de ese saber. A esto va unida la conciencia de que la no-directividad es la otra cara del autoritarismo.

El profesional necesita de una actitud investigativa que apunte a la comprensión de los ritmos, las lógicas y los códigos lingüísticos diferentes a los suyos. La no aprehensión de los ritmos temporales genera situaciones de grave desencuentro, al querer imponer un ritmo propio o al querer ir atrás del ritmo de los sujetos populares. La empatía, indisoluble de toda práctica social, no puede desprenderse de su capacidad de desafío. Y desafía porque confía y cree en las capacidades de crecimiento de los sectores con los que trabaja. La confianza, así entendida, es un valor fundamental. No una confianza ingenua, sino una confianza que descubre brechas y resistencias generadas por el interés emancipador, presente en todos los hombres.

“La superación de la dominación y de la explotación no es una acción ideal, surge de las contradicciones de la realidad existente. Comprender este proceso de negación y creación está en función de una lógica de liberación.”²

“Asimismo rompiendo las evidencias dominantes; mostrando como ciertas ideas o conductas

1 Cfr. NATALIO KISNERMAN, *Op. cit.*, pp. 84-5.

2 Cfr. OTTO MADURO, *Op. cit.*, pp. 84-5.

sólo sirven para mantener dividido, debilitado y explotado al pueblo; cómo tales ideas o conductas no son eternas, no queridas por Dios, no beneficiosas para los oprimidos”.³

Lo que requiere del profesional capacidad de diálogo, superando la comunicación distorsionada, apropiación de su saber y de sus técnicas por parte de los sujetos con los que trabaja, recoger la experiencia de los mismos para devolverla, problematizando y problematizándose, recuperación histórico-cultural de los valores y las acciones transformadoras que abren camino hacia una sociedad más justa, globalización de lo particular sistematizando lo que es incoherente, develar las contradicciones y desmitificar lo que aparece como natural.

Los valores, las actitudes, la postura investigativa, exigen una formación sólida, que pasa por rupturas epistemológicas y analíticas. En este contexto, las Ciencias Sociales, las Ciencias de la Cultura, la Filosofía (y en especial la Ética), cumplen un papel insoslayable para la formación integral del profesional.

El sociólogo colombiano Orlando Fals Borda resume en los términos siguientes esta integración del Trabajador Social a la tarea interdisciplinaria:

“Concretamente el concepto de operatividad lleva a reorientar a las disciplinas hermanas de Sociología y Trabajo Social para hacerlas reconstruir los lazos con los movimientos sociales por la vida como los que le dieron origen, sin descartar la acumulación científica que han alcanzado hasta hoy; y realizar tan importante tarea histórica las dos disciplinas, no separadas sino conjuntamente. Porque si estas tesis son acogidas y traducidas a la realidad, podríamos descubrir que un sociólogo, para realizarse como tal, debería ser un buen educador popular y trabajador social; y viceversa, que un trabajador social eficaz debería transformar su asistencialismo técnico y convertirse en un práctico-teórico, es decir, en un buen sociólogo y educador popular”.⁴

3 Cfr. VICENTE DE PAULA FALEIROS, **Op. cit.**, p. 77.

4 Cfr. OTTO MADURO, **Op. cit.**, p. 71.